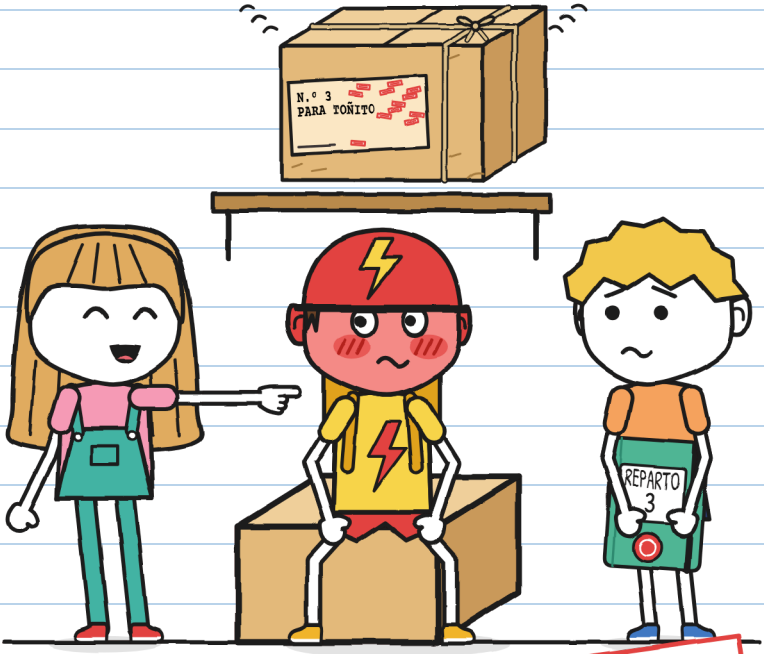
ENTREGAS IMPOSIBLES · 3

Devuelto, por favor

Lui Eriksson



(el cuaderno de Guni)

TALLA M
Nivel medio · 9+

ENTREGAS IMPOSIBLES · 3

Devuelto, por favor

Texto e ilustraciones: Lui Eriksson

TALLA M · Nivel medio · 9+

Versión en español de México: LinguAula

Primera edición: 2026

© 2026 Lui Eriksson · info@linguaula.com

Fotocopiable libremente, para clase y para casa.

Tercer libro de la serie. Los anteriores: «Este paquete muerde» y «No abrir antes del trueno».

LinguAula

Trabaja cada capítulo en linguaula.com

Ningún repartidor salió herido al escribir este libro. Colorado, sí. —J.



Y yo lo leo primero. —J.

Si lo encuentras, devuélvelo. Por favor.

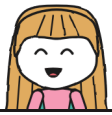


Este sello marca lo que solo pasa en el cuento: los paquetes de verdad no vuelven volando. Con una bici de verdad, manda la página 76. —J.

QUIÉN ES QUIÉN



Guni. Repartidor de los sábados. Dibuja cosas que nadie le ha pedido. Este cuaderno es suyo.



Julita. Escribe en verde y firma J. Siempre sabe cómo ayudar. Ese es el problema.



Toño. Reparte para RAYO, en bici. En diez minutos o gratis. Se pone rojo por partes.



Mara. La dueña de Entregas Imposibles. Lleva sombrero de bruja. Sabe más de lo que dice.



Zoe. De RAYO. La más rápida. Pone los apodos.



Bruno. De RAYO. Pinchó una vez. Hace dos años.



El paquete n.º 3. Suena cuando lo mueven. En la etiqueta solo pone un nombre.

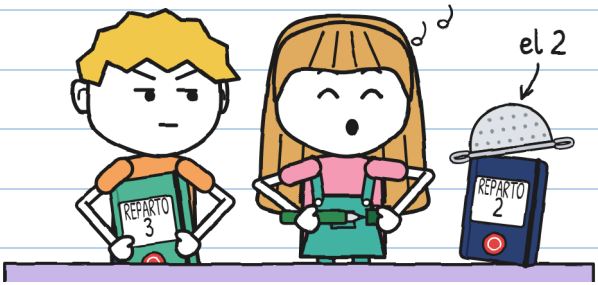


R. Manda los paquetes que nadie consigue entregar. Nadie dice su nombre.

CUADERNO DE REPARTO 3
de Guni

SECRETO.

«Secreto» significa que lo leo yo primero. Y no se lo cuento a nadie. —J.



El cuaderno 2 se me acabó en una sola tormenta. Este es verde y también lleva el sello de la tienda. Lo iba a estrenar yo. Lo estrenó Julita.

Te lo estrené para ayudarte. De nada. —J.

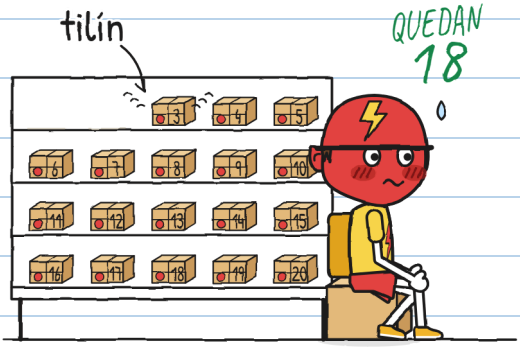
Yo no le pedí ayuda. Con Julita, eso da igual.

CAPÍTULO 1

Tilín

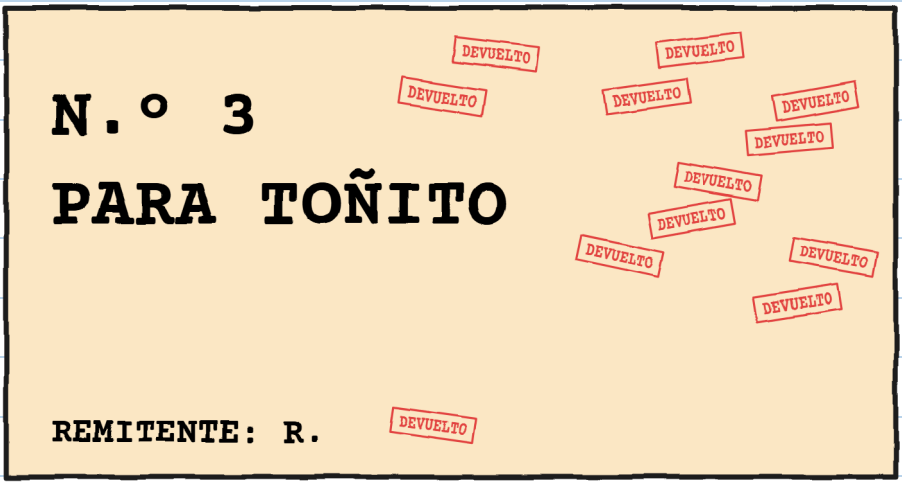
En la tienda de Mara hay paquetes que nadie ha podido entregar. Están en una estantería. Eran veinte. Julita y yo entregamos dos: un huevo de dragón y unas semillas que corrían. Quedan dieciocho.

La noche de la tormenta, cuando ya nos íbamos a casa, uno de los paquetes sonó.
Tilín.



Era el n.º 3. Y Toño, que reparte para RAYO en diez minutos o gratis, se puso del color de su casco.

Los devueltos vuelven volando a su estantería al amanecer si no hay firma. Solo cuenta la de quien recibe el paquete. En la etiqueta, con tinta que no se borra. R. es el remitente: quien los manda.



Julita empezó a leer la etiqueta:

—Para To...

Y cerró la boca. Julita no se calla nunca a mitad de una palabra. Miré a Toño: se estaba poniendo rojo.

La leí media vez. La otra media me la tragué. —J.

Hay gente que se pone roja de golpe. Toño, no: Toño se pone rojo por partes. Lo apunté.

ROJÓMETRO DE TOÑO



—Ese paquete puede esperar —dijo Toño, muy rápido—. Lleva años esperando, ¿no? Pues un día más. O diez. RAYO no tiene prisa.

Era la primera vez que oía decir eso a alguien de RAYO.

Esa noche: 4. Yo lo apuntaría en rojo. Solo tengo verde. —J.

—Esta noche no se abre nada —dijo Mara—. Y la estantería no se toca sin permiso.

Nadie la tocó. El tilín sonó otra vez.

Tilín.

—¡Fue la puerta! —dijo Julita.

Cuando no entiendo algo, hago una lista.

SOSPECHOSOS DEL TILÍN



la puerta

la bici de Toño

la rana de goma

el n.º 3

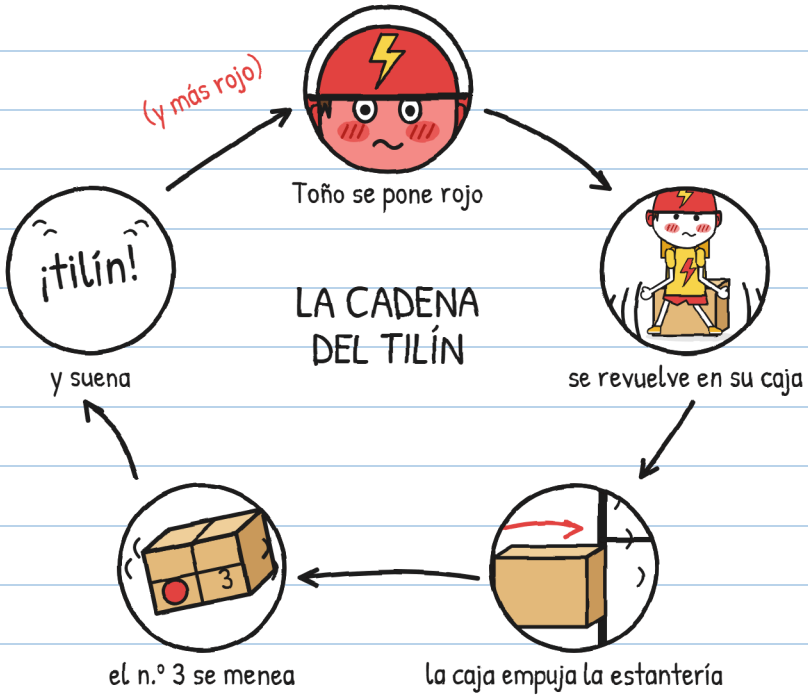
La rana es inocente. La conozco. —J.

Salí a la banqueta a probar los sonidos. Ya no llovía.
Abrí y cerré la puerta: ñiiic. Toqué el timbre de la bici de Toño: ¡RIIING! Apreté la rana: cuic.



Dentro, Julita decía que no con el dedo. Ninguno sonaba igual.
Entré. Toño se revolvió sentado en su caja.
Tilín.

Me agaché. La caja de Toño estaba apoyada contra la pata de la estantería.



No era magia. Era Toño.
Algo suena dentro del n.º 3 al mover el paquete.

Como yo. —J.

Toño decidió quedarse quieto. Le duró esto:

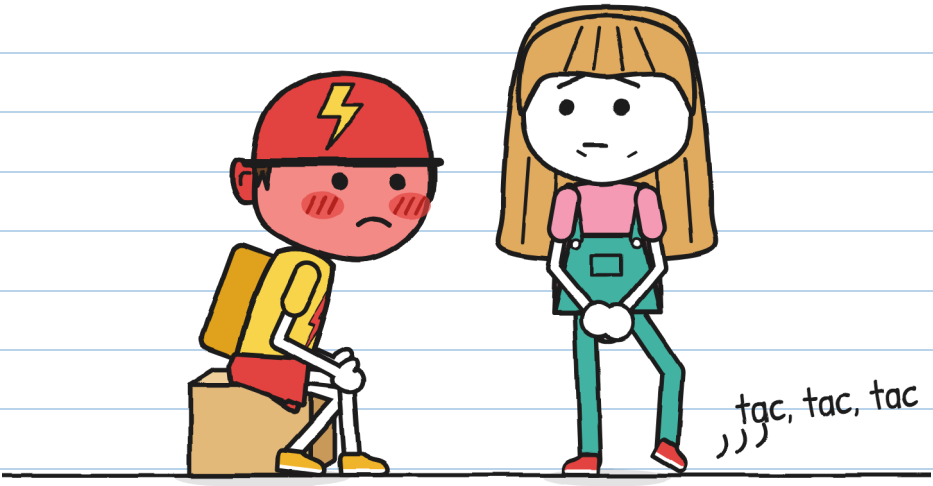


Solo era una pregunta. Las preguntas no empujan estanterías. —J.

Esta sí.

—Era yo —dijo Toño, mirándose los tenis—. De pequeño.
Lo dijo tan bajito que la rana lo oyó mejor que yo.

Julita abrió la boca. Quería hacer muchas preguntas.
Miró a Toño, que seguía mirándose los tenis. Y cerró
la boca.

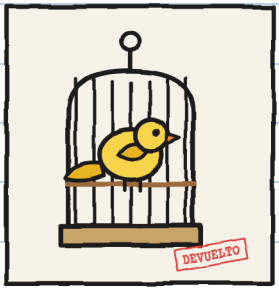


—No pregunto más —dijo Julita.
Le costó. Se notó en el pie.

Preguntas que no hice: nueve. Las tengo apuntadas. —J.

—¿Y por qué nunca se lo llevaste? —le pregunté a Mara.
—Lo llevé doce veces. Mira la etiqueta: ni calle, ni número de casa, ni apellido. Probé con todos los Toñitos que encontré.

LOS TOÑITOS DE MARA



1. Un canario.
(Pisó la etiqueta. No cuenta.)



2. Don Antonio, 71 años.
(«Ya me gustaría».)



3. Una barca del canal.
(No tiene manos.)

—¿Y Toño? —preguntó Julita.
—La última vez que intenté entregarlo aún no conocía a Toño —dijo Mara, y lo miró—. Y nadie me dijo cómo lo llamaban de pequeño.

Mara sacó de debajo del mostrador un paño morado. Tapó el n.º 3 como la jaula de un loro a la hora de dormir. Después apartó la caja de Toño dos palmos de la estantería.

—Así. Ahora puedes moverte lo que quieras.



Toño podía irse. Tenía la bici en la puerta. En diez minutos podía estar en la otra punta del barrio.

Se volvió a sentar.

No sé por qué. Lo apunto igual. Su caja no tiene respaldo, así que le dibujé uno.

Nadie te pidió un respaldo. —J.

Al cerrar la tienda, Toño se quedó el último, abrochándose el casco.

—Mara. Mañana vengo a hablar de eso. Pero en privado.

—Estos dos son de la tienda.

Toño nos miró.

—Estos, está bien. Pero nadie de RAYO.



El tilín ya tenía dueño: Toño. Faltaba saber si quería el paquete.

Yo ya sé cómo ayudarle. —J.

Eso es lo que me preocupa.

CAPÍTULO 2

No dije que sí

Los domingos la tienda no abre. Mara dejó la persiana a medio subir y puso un cartel: CERRADO (menos para ti).

Toño llegó a las once. Antes de entrar miró a un lado de la calle y al otro, como cuando vas a cruzar. No venía nadie de RAYO.



Nosotros llegamos a las diez y media. Por si acaso. —J.

Mara puso el n.º 3 en el mostrador. Quitó el paño.
Habló como quien lee un cartel:
—Paquete número tres. Para Toñito. ¿Eres tú?
—Era.
—Me sirve. ¿Lo quieres?

Toño miró la caja. La caja no dijo nada.
—No dije que sí.
—Tampoco dijiste que no.
—Dije que no dije que sí.



Tres frases para no firmar. Las conté. —J.

Toño agarró la caja como se agarra una cacerola que quema. La pesó. La giró. Se la acercó a la oreja y la movió un poquito.
Tilín.
La soltó rápido.

—¿Y si se la lleva a casa? —dijo Julita—. Si el paquete duerme en casa de Toño, ya está entregado. Es de lógica.
—El sello de regreso no va por lógica —dijo Mara—. Va por tinta.

¿CUENTA COMO ENTREGA?		
	Mirarla	NO
	Agarrarla	NO
	Llevársela a casa	NO
	Firmar la etiqueta con tinta que no se borra	SÍ

El sello y yo no pensamos igual. —J.

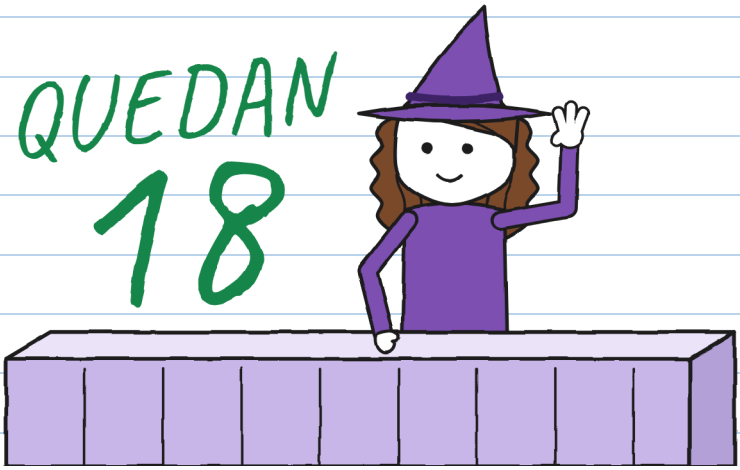
—Julita, Guni: este reparto es de ustedes —dijo Mara—. Como el del trueno. Con tres condiciones.

Las contó con los dedos:

1. Ustedes no abren la caja. La etiqueta sigue pegada.
2. El n.º 3 solo sale de la tienda si Toño lo pide.
3. Firma quien lo recibe, si quiere. Sin firma, el paquete vuelve al amanecer. Aquí no pasó nada.

—¿Y si no quiere nunca? —preguntó Julita.

—Pues nunca.



«Nunca» no es una fecha de entrega. —J.

Toño estuvo callado un rato largo. Julita midió el tiempo: cuatro minutos. Para RAYO, casi media entrega.

—Me la llevo —dijo Toño al fin—. Cerrada. Para pensar. De momento.
—¿Lo pides tú? —preguntó Mara.
—Lo pido yo.

Apunté cómo salía el n.º 3. Así nadie podía decir otra cosa:

FICHA DE SALIDA

- [x] Caja: cerrada
- [x] Etiqueta: pegada
- [x] Lo pide: Toño
- [ ] Firma: todavía no



Fuera, Toño metió el n.º 3 en la cesta de su bici. Al soltarlo, sonó: tilín.

Se quedó mirando el manubrio, donde lleva el timbre de RAYO. Parecía acordarse de algo.

—¿Qué? —preguntó Julita.

—Nada.

Toño se fue andando, con la bici de la mano. Nunca va andando.



Ese «nada» era un «algo». Hay que ayudarle. —J.

Desde la puerta vi dos bicis de RAYO paradas en la esquina.

—¡Toño! ¿Qué llevas en la cesta? —gritó una chica con una trenza hasta la cintura.

—Un reparto.

—¿Para quién?

—Para un cliente.

No mintió. Antes de contestar giró la caja: la etiqueta hacia él. RAYO no podía leerla.



Ahora entiendo lo de «nadie de RAYO». —J.

Esa noche dejé la persiana de mi cuarto subida. Vivo enfrente de la tienda: si el n.º 3 volvía, yo lo iba a ver.

—¿Guni? —dijo mi madre desde el pasillo—. ¿Qué haces despierto?
—Vigilo un paquete.
—Ah. Bueno. Pero vigílalo con el pijama puesto.



Yo también quería vigilar. Mi ventana da a un patio. —J.

Al amanecer, el n.º 3 se oyó antes de verse.

Tilín, tilín, tilín.

Venía por encima de los tejados, sin prisa, sonando como el carrito de los helados. Se encendieron tres ventanas. Ladró un perro. El n.º 3 entró por la ventanita de encima de la puerta, la que Mara deja abierta para eso.



Después de la escuela fuimos a la tienda. El n.º 3 estaba en su repisa. Tenía un sello más: trece.

REGRESOS DEL N.º 3

N.º 13	lunes, al amanecer	sonando

lo oímos: mi madre, medio barrio, el perro del 4 y yo



—No es un castigo —dijo Mara—. Es la regla. Nadie firmó, así que vuelve.

Trece sellos. A este paso no se va a ver la caja. —J.

Toño vino a las cinco y veinte, después de su reparto. No preguntó por el regreso del n.º 3. Esa mañana lo oyó pasar sobre su casa.

Esto no lo vi. Me lo contó él:

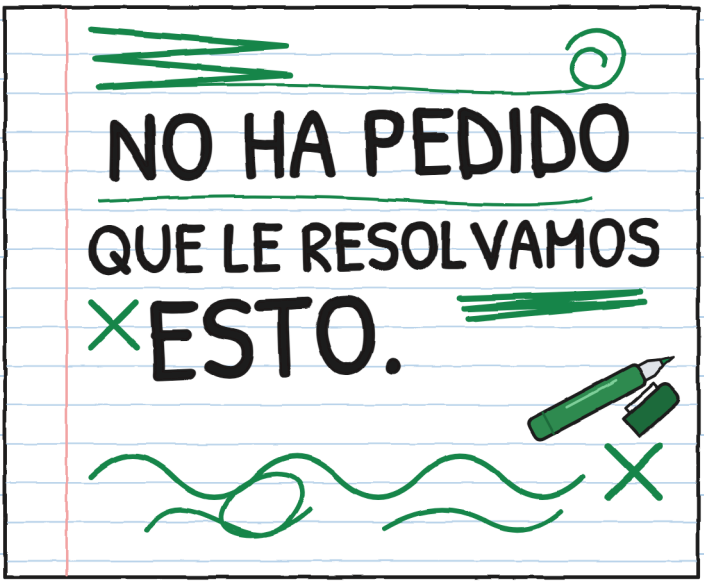
LO QUE ME CONTÓ TOÑO



—La dejé en el tapete. Toda la noche.
—¿Y por qué no la metiste en casa? —preguntó Julita.
—En casa ya hay bastante gente que me llama así.

—Con una firma se arregla todo —dijo Julita cuando Toño se fue—. Una sola. Se tarda dos segundos. Lo medí con la mía.

Abrí el cuaderno. «El verde no va a tapar mi frase», pensé. Escribí con pluma, apretando:



Lo leí. No estoy de acuerdo. De momento. —J.

Tengo otra idea. No me mires así. —J.

CAPÍTULO 3

Autógrafos

El martes, al salir de la escuela, había una mesa en la banqueta, delante de la tienda. Tenía un mantel amarillo hasta el suelo y un cartel con la letra de Julita. En medio había un bulto, tapado por el mantel.



—Es un atril: un apoyo para firmar cómodo —dijo Julita—. Colecciono autógrafos.

—¿Desde cuándo coleccionas autógrafos?

—Desde ayer.

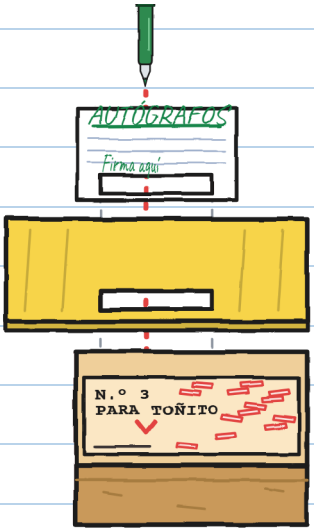
Sobre el atril había una hoja con renglones. Abajo, una ventanita recortada con tijeras. El mantel tenía otra igual, justo debajo.

Levanté una esquina del mantel. El atril era el n.º 3 acostado. Las ventanitas dejaban ver su etiqueta hacia arriba.

CÓMO FUNCIONA

1. La hoja, con su ventanita.

2. El mantel, con su agujero.



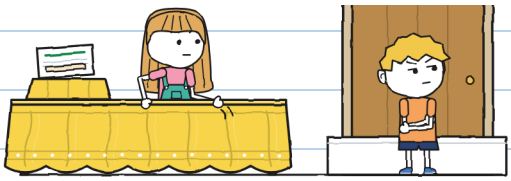
3. La etiqueta del n.º 3, por la parte que está en blanco.

4. Quien firma en la ventanita... firma la etiqueta.

—Con mi marcador —susurró Julita, encantada—. Tinta que no se borra. Mañana el n.º 3 no vuelve. Toño se enterará cuando le enseñemos el paquete. ¡Sorpresa!

—Toño no ha pedido que el n.º 3 salga de la tienda —dije—. Condición dos.
—Lo va a agradecer.
—¿Y Mara?
—Estaba al teléfono. Le dije que es una mesa de autógrafos. Y lo es.
—¿Y el atril?
—Eso no me lo preguntó.

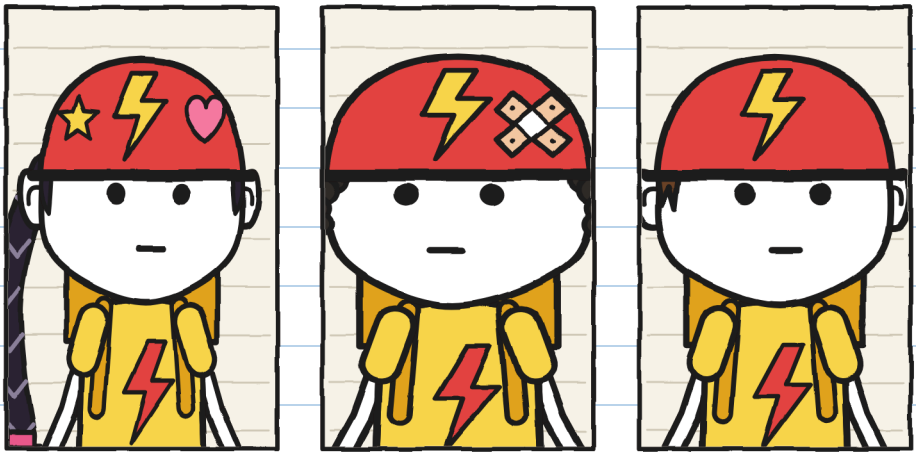
Le recordé lo de Flora y la octava semilla: Julita no dejó firmar a Flora antes de tiempo.
—No es lo mismo. Aquella entrega estaba a medias. Esto es un atajo: un camino más corto.
—Pues hazlo tú. Yo no.



Se sentó en el escalón. Muy digno. No ayudó nada. —J.

RAYO pasa por nuestra calle a las cinco y diez. Son tres, en fila.

FICHAS DE RAYO



ZOE, «Cohete»:
la más rápida.
Pone los apodos.

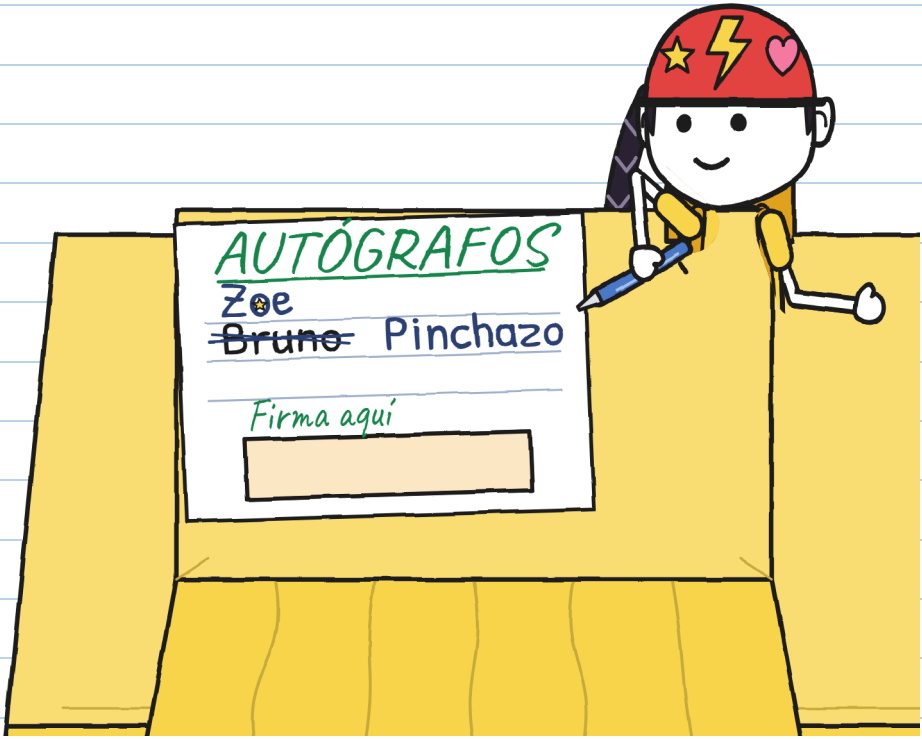
BRUNO, «Pinchazo»:
pinchó una vez.
Hace dos años.

TOÑO:
sin apodo.
Todavía.

—¿Autógrafos? ¿Nuestros? —dijo Zoe. Frenó y se bajó de la bici.

Nadie les ha pedido nunca un autógrafo. Por eso funciona. —J.

Zoe firmó la primera, con una estrella en la o. Bruno escribió «Bruno». Zoe se lo tachó y puso «Pinchazo».
—En RAYO los apodos no se quitan —me explicó Bruno, sin enojarse—. Pinché una vez.



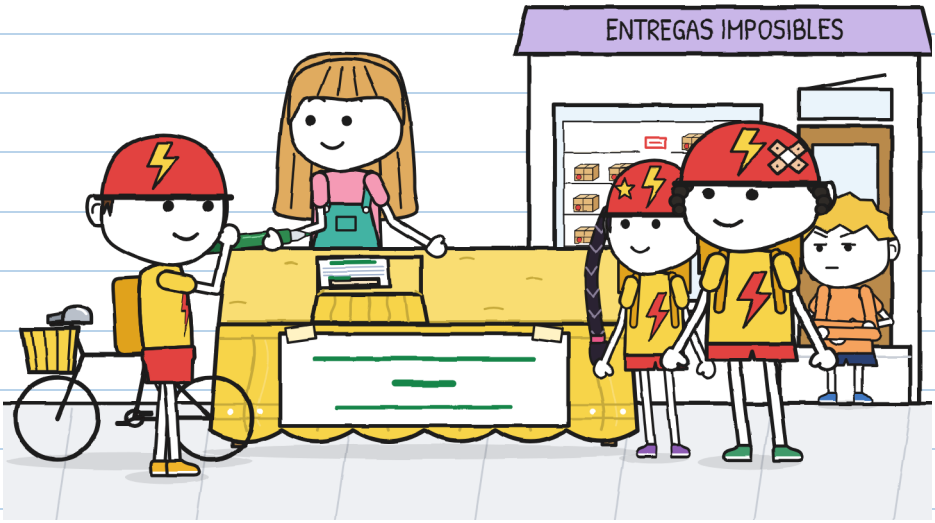
Toño seguía en la bici. Miraba la mesa igual que miró el n.º 3 el domingo.

—Te toca, Toño —dijo Julita—. Aquí abajo, en el recuadro. Es el sitio de honor.

Y le dio su marcador verde.

Era la primera vez que le pedían un autógrafo a Toño.

Se bajó de la bici y se puso recto.



Desde el escalón lo veía todo. «No es asunto mío», pensaba. Y callaba.

Me levanté.

—Toño, espe...

Llegué tarde. Toño acercó el atril de un tirón para firmar. Debajo del mantel, algo sonó antes de mi aviso:



Toño levantó el mantel.



—«Para To-ñi-to» —leyó Zoe, despacio, como quien lee un premio.

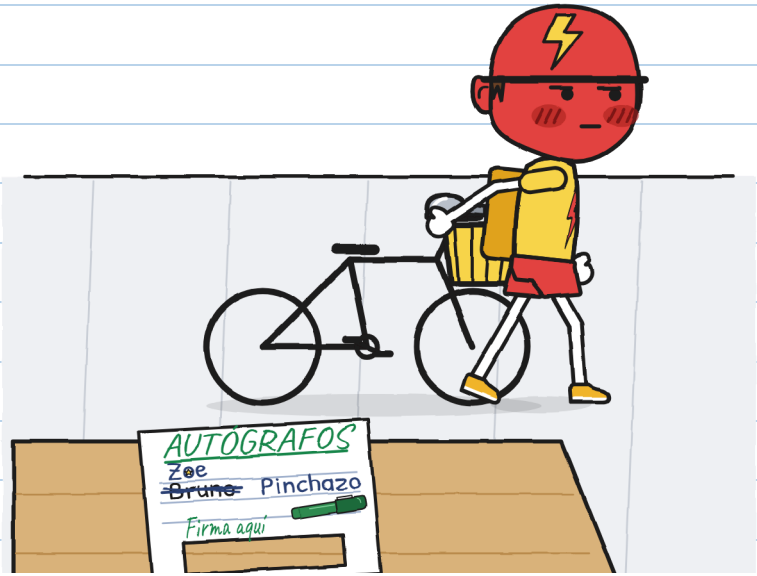
—¿Toñito? —dijo Bruno, y se rio.

Zoe no se rio. Zoe estaba pensando.

Toño no gritó. Le puso la tapa al marcador, despacio, y lo dejó encima de la hoja. Sin firmar.

—RAYO no firma trampas.

Agarró la bici por el manubrio y se fue andando. Nadie fue detrás.



Iba de color casco. Pero no era rojo de vergüenza. Era rojo de enojo.

El rojómetro no tiene número para ese. —J.

Mara salió con el paño morado. No preguntó quién sacó el paquete: miró el hueco de la repisa, miró la mesa y miró a Julita.

Tapó el n.º 3 y lo levantó en brazos.

—Este paquete no está entregado —les dijo a Zoe y a Bruno—. Y lo que ponga la etiqueta es cosa de Toño.

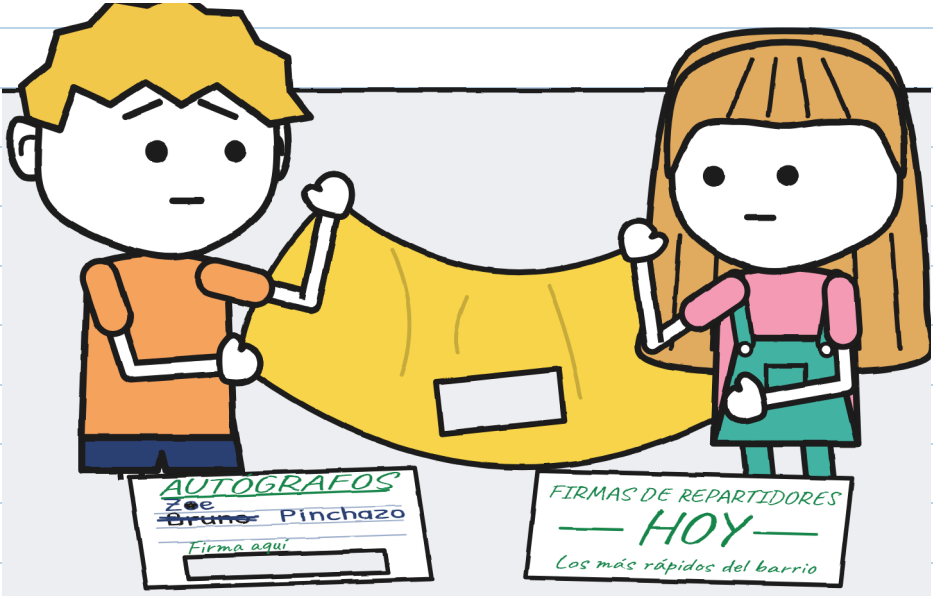


Se fueron sin tocar el timbre.

Ayudé a Julita a recoger: el mantel, el cartel, la hoja con dos firmas y un agujero. No le dije «te lo dije». Tampoco le dije «no pasa nada», porque sí pasaba.

—Tú no hiciste nada —dijo ella.

—Avisé tarde. Podía avisar antes. O llamar a Mara.



Luego Julita entró y, sin ayuda, le contó todo a Mara: la ventanita, el mantel, la repisa, el teléfono.

—A Toño —dijo Mara— se lo cuentas tú.

El miércoles Toño pasó a las cinco y diez y no frenó. A las cinco y veinte volvió a pasar. A la tercera, Julita estaba en mitad de la banqueta con un papel.

LA DISCULPA

Saqué tu paquete.

Quise engañarte.

Enseñé tu etiqueta a los demás.

Perdón.

—Julita

Toño leyó el papel sin bajarse de la bici.

—Está bien. Lo leí.

—¿Me perdonas?

—Dije que lo leí.

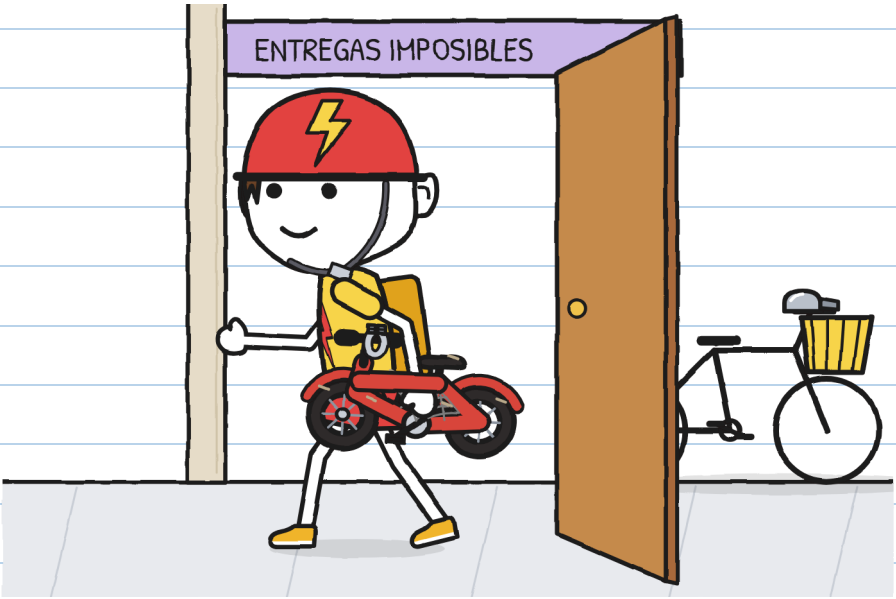
Esa tarde Toño no vino a la tienda. Su caja quedó vacía.

Firmé con el nombre entero. Era lo mínimo. —J.

CAPÍTULO 4

Una bicicleta pequeña

El jueves Toño entró en la tienda sin mirar a los lados de la calle. Traía una bici debajo del brazo.



No era la suya. O sí: la de cuando era pequeño.

—Desde el domingo tengo un tilín en la cabeza —dijo Toño—. Creo reconocer el sonido. Quiero ver si me acuerdo bien.

—Quiero abrir el paquete. Aquí no. En un sitio sin aparador.

Mara nos llevó a la trastienda, el cuarto de atrás.

—Abrir para mirar no es firmar —dijo—. Sin firma, al amanecer vuelve.



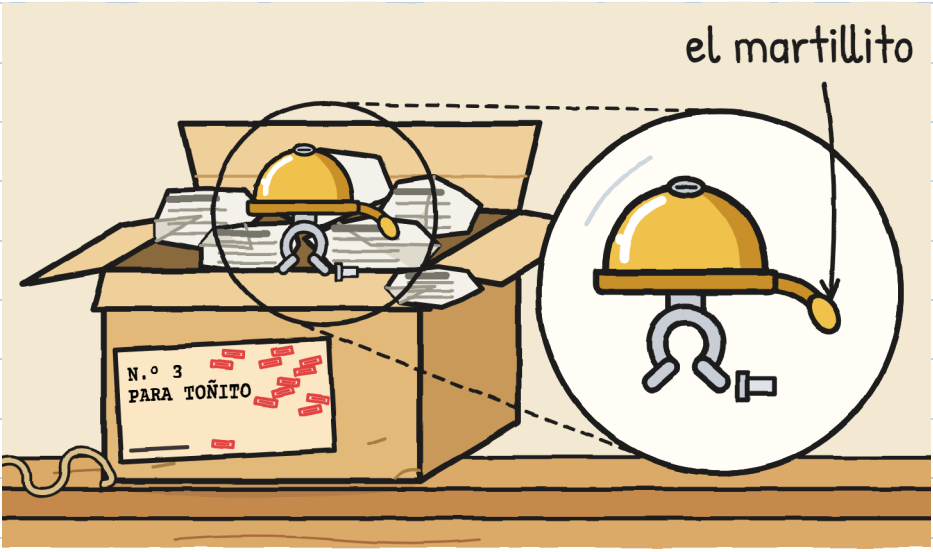
—¿Puedo quedarme? —preguntó Julita. Lo preguntó.

Toño tardó.

—Si no tocas nada.

—Ni la caja ni el tema.

Toño desató el cordel. Dentro había papel de periódico, tan viejo que se rompía solo. Y entre el papel...

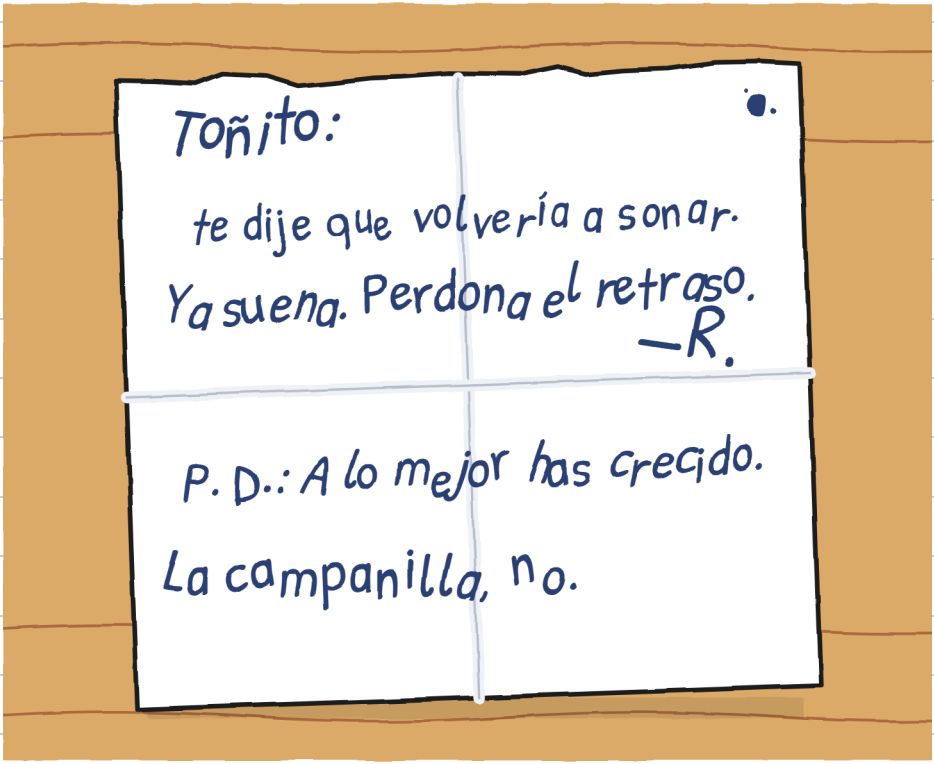


Una campanilla de bici. Pequeña, dorada, con un martillito sujeto a un muelle: basta un meneo para que suene.

El n.º 1 mordía. El n.º 2 corría. El n.º 3 solo suena.

Ni dragón ni patas. Una campanilla. Me gusta. —J.

Debajo había una nota doblada en cuatro.

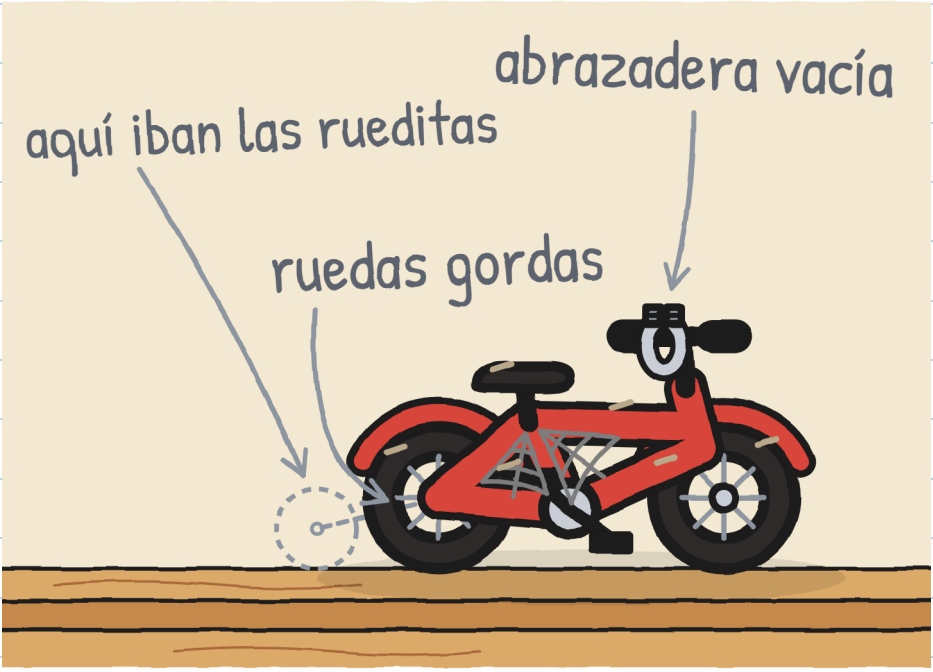


Toño la leyó dos veces.

—Qué mala letra —dijo. Y nada más, en un buen rato.

R. cumple tarde. Lo dijo Flora. No dijo CUÁNTO. —J.

Entonces Toño puso la bici pequeña encima de la mesa.



—Era mía. Llevaba esta campanilla, sujeta con la abrazadera. Un día la campanilla dejó de sonar: clac. Alguien dijo: «Dámela, Toñito. Te la arreglo y te la devuelvo».

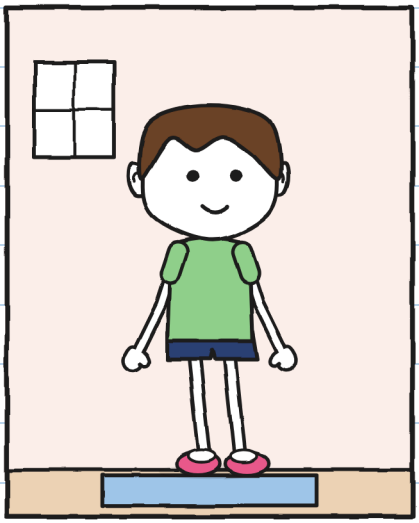
—¿Quién? —se le escapó a Julita, y se tapó la boca.

—No recuerdo la cara. Sí la campanilla. Y que esperé mucho.

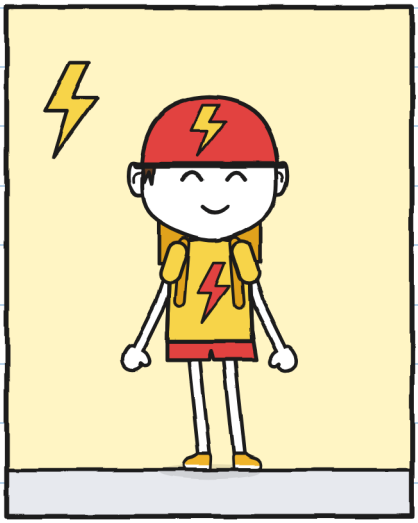
—En casa me siguen llamando Toñito —dijo Toño—. En RAYO, no. En RAYO soy Toño: lo escribí yo en la ficha el primer día.

—¿Y qué tiene de malo Toñito? —pregunté.

—Nada. Hasta que lo dice Zoe. En RAYO los apodos no se quitan. Mira a Bruno.



EN CASA: Toñito



EN RAYO: Toño

—Bruno me ha llamado Toñito seis veces desde el martes —añadió Toño.

Julita se encogió en su rincón.

—¿Todavía cabes? —preguntó Julita. No lo pudo evitar.
Mara bajó la bici al suelo. Toño se sentó.



Cabía. Más o menos.
Mara hizo un ruido. Parecía una risa. Toño también se rio. No lo veía reír desde el sábado.

Rojómetro: 0. Lo apunto porque también cuenta. —J.

—En tu bici de ahora ya hay un timbre —dije—. El de RAYO. No tienes por qué ponerle esta campanilla. Puedes guardarla. O dejar que vuelva.
—Ya lo sé —dijo Toño. Pero me miró. Parecía oírlo por primera vez.

Julita estuvo once minutos callada, escuchando, con el marcador guardado.





11 min

Once minutos. Se me durmió la lengua. —J.

—Quiero probarla solo —dijo Toño.
Salimos Mara, Julita y yo. Toño cerró la puerta de la trastienda.

Julita se fue al otro lado de la tienda para no escuchar. Yo, para no escuchar, dibujé: el asiento de Toño ya tiene dosel, un techo de tela. Se oyó igual.



Tilín.
Era el mismo tilín del sábado. Luego, otro. Y luego ninguno, durante mucho rato.

Cuando Toño salió, traía la campanilla en una mano y la caja debajo del brazo.

—Me la llevo hasta mañana. Sin firmar.

—Entonces al amanecer vuelve —dijo Mara.

—Que vuelva. Quiero saber cómo es tenerla una noche.

—¿Y si Toño deja la campanilla fuera de la caja?

—pregunté yo.

—No lo he probado nunca —dijo Mara—. Y no pienso probarlo a las siete de la mañana.

Toño guardó la campanilla y la nota dentro de la caja.



Hasta mañana faltan catorce horas. Las pienso contar. —J.

El viernes mi calle sonó otra vez: tilín, tilín, tilín.

Regreso n.º 14.

Lo de la noche anterior no lo vi. Me lo contó Toño:



—Esta vez el n.º 3 no durmió en el tapete. Durmió en mi mesita de noche. Al amanecer empezó a golpear el cristal, y le abrí la ventana.

Le abrió la ventana a un paquete. Qué educado. —J.

Dibujé juntas las dos bicis de Toño. Añadí la campanilla a la bici de ahora. Queda muy bien.
Julita pegó un papelito sobre la campanilla dibujada.



Tenía razón. Me fastidia un poco.

CAPÍTULO 5

En privado

El viernes por la tarde el n.º 3 estaba en su repisa, con catorce sellos. Toño, sentado en su caja, lo miraba desde lejos.

Julita llevaba dos días preparando algo. Temí otro lío. Era una hoja con dos opciones.



Toño leyó la hoja. Luego miró a Mara.

—Si firmo, ¿quién se entera?

—Yo. Y mi libro de registro, el de las entregas. No sale de este cajón.

—¿Y RAYO?

—No se lo contaré a RAYO. Un registro no es un cartel.



El cartel lleva números. Los nombres se quedan en el cajón. —J.

Toño se levantó de su caja.

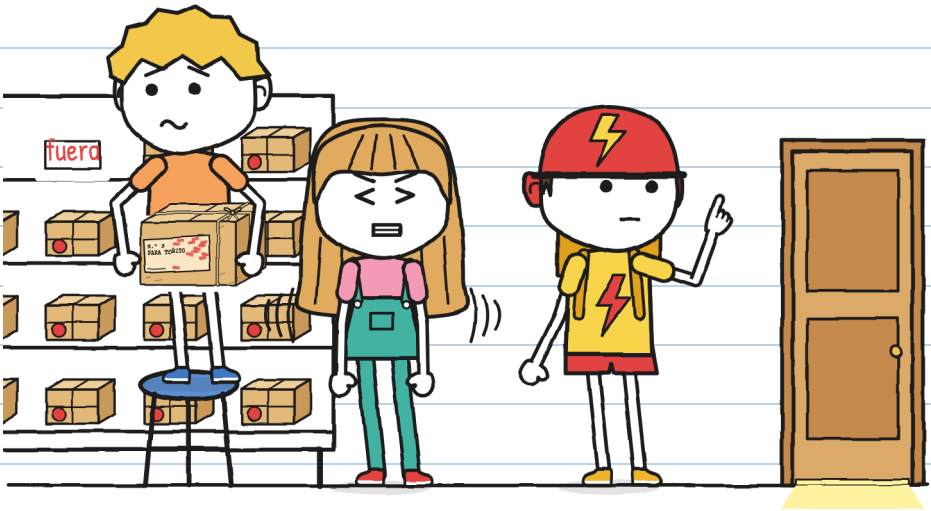
—La B.

Julita no saltó. La vi no saltar.

—En la trastienda —siguió Toño—. Y quiero que estén. Ustedes dos.

—¿Yo también? —preguntó Julita.

—Tú quieres que firme más que nadie. Prefiero tenerte delante.



En la trastienda, Toño sacó otra vez la campanilla y la nota. Las miró despacio, con mucho cuidado.

—Antes de firmar, miro lo que firmo —dijo, sin mirar a nadie.

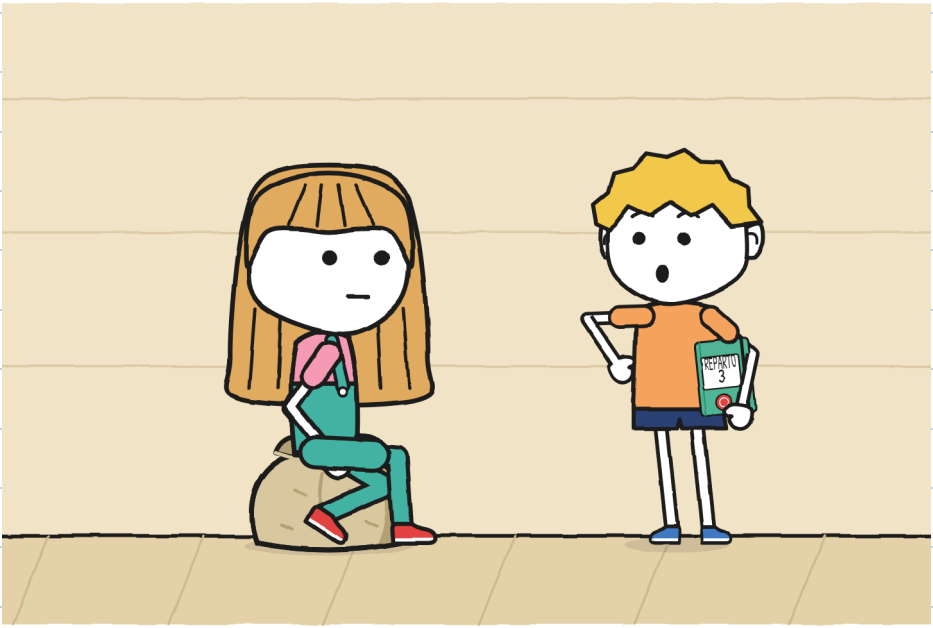
Julita se puso del color de su playera.



Julita dio su marcador verde a Toño. Se sentó en un saco del rincón.

—¿Qué haces? —pregunté.

—Me siento encima de mis manos. Para no ayudar.



Cerré el cuaderno y me lo puse debajo del brazo.

Luego lo apuntó todo. —J.

Toño destapó el marcador y firmó.



En la etiqueta ponía «Toñito». En la firma, «Toño».

—¿Así sirve? —le preguntó a Mara—. No es el mismo nombre.

—Firma quien lo recibe —dijo Mara—. Y lo recibiste tú.

Mara apuntó la entrega en su libro. Julita ya tenía el taburete azul en la mano. Lo dejó en el suelo.

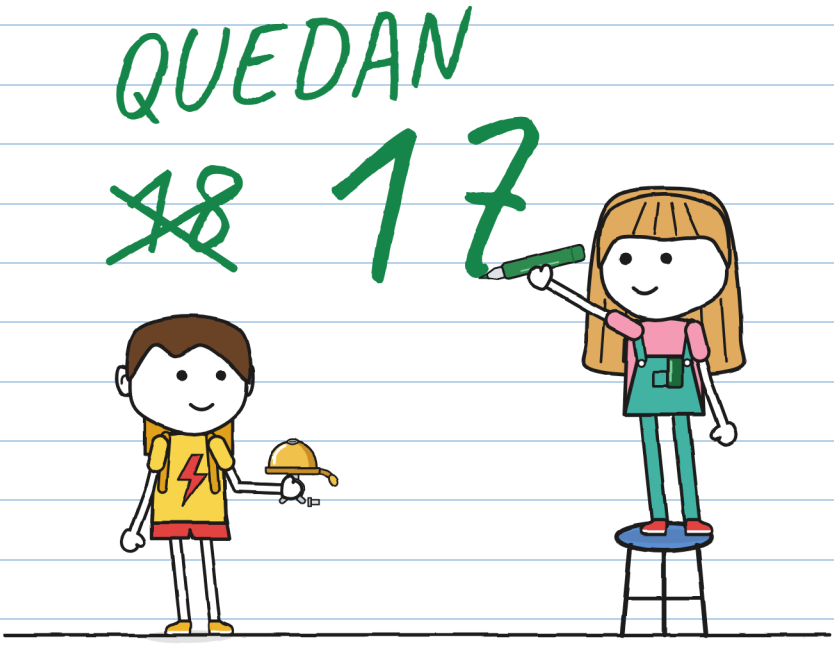
—¿Puedo cambiar el cartel? —preguntó. Se lo preguntó a Toño, no a Mara.

Toño miró el cartel.

—Solo pone un número.

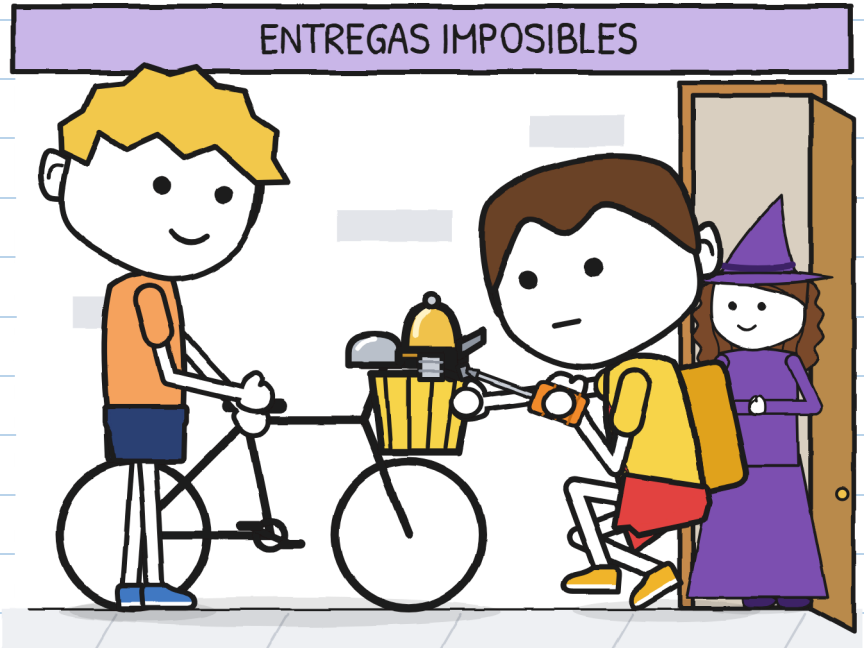
—Solo.

—Está bien.



Pregunté primero. Que conste. —J.

Toño salió a la banqueta. Apoyó su bici en la pared.
Sacó un destornillador de la mochila.
—¿Vas a poner la campanilla? —pregunté.
—Sí.
—¿Y el timbre de RAYO?
—Ese es de RAYO. Esta es mía.



Toño puso la campanilla. Yo solo sujeté la bici. Y porque me lo pidió. Toño tocó el martillito con un dedo.
Tilín.

A las cinco y diez pasó RAYO. Bruno frenó.

—¿Y eso que suena?

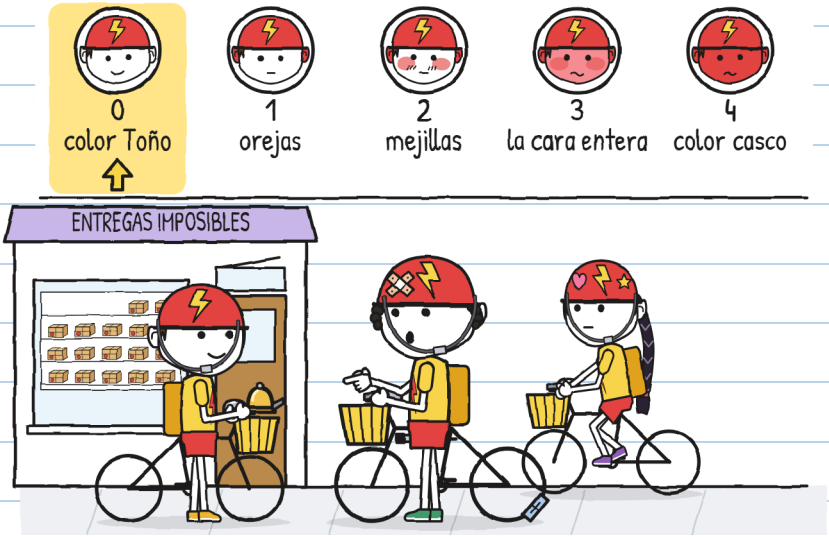
—Una campanilla.

—¿De dónde salió?

—Era mía.

—¿De cuando eras Toñito?

Miré la cara de Toño. Nada rojo. Ni las orejas.



—De cuando me llamaban así. Ahora me llamo Toño. ¿Y tú cómo te llamas?

—Pin... —Bruno se interrumpió—. Bruno.

—Pues eso, Bruno.

Bruno levantó la cabeza. En RAYO hacía dos años que nadie lo llamaba Bruno.

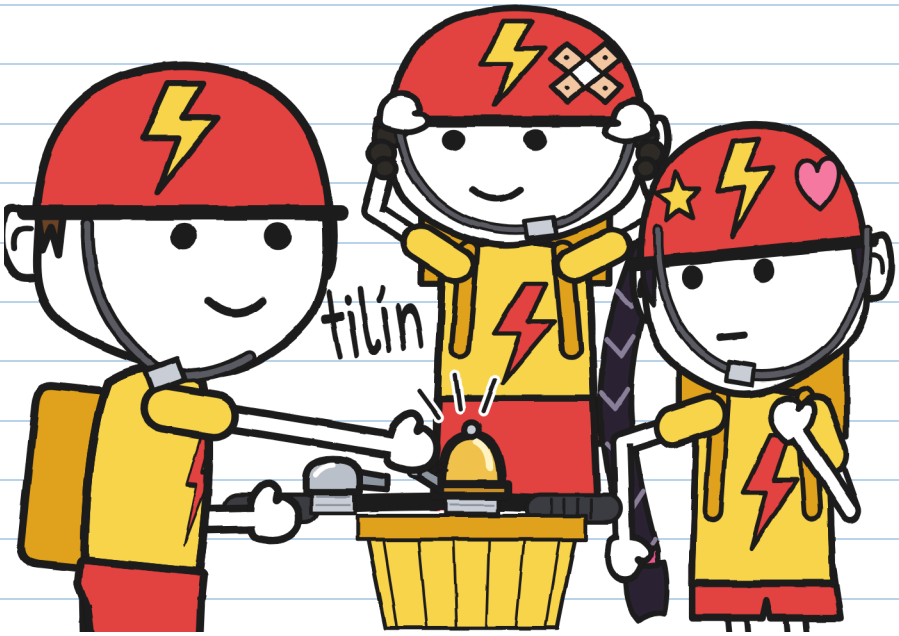
Zoe abrió la boca.

Toño le dio al martillito. Una vez.

Tilín.

Zoe cerró la boca. Lo pensó.

—Suena bien —dijo—. Vamos tarde, Toño.



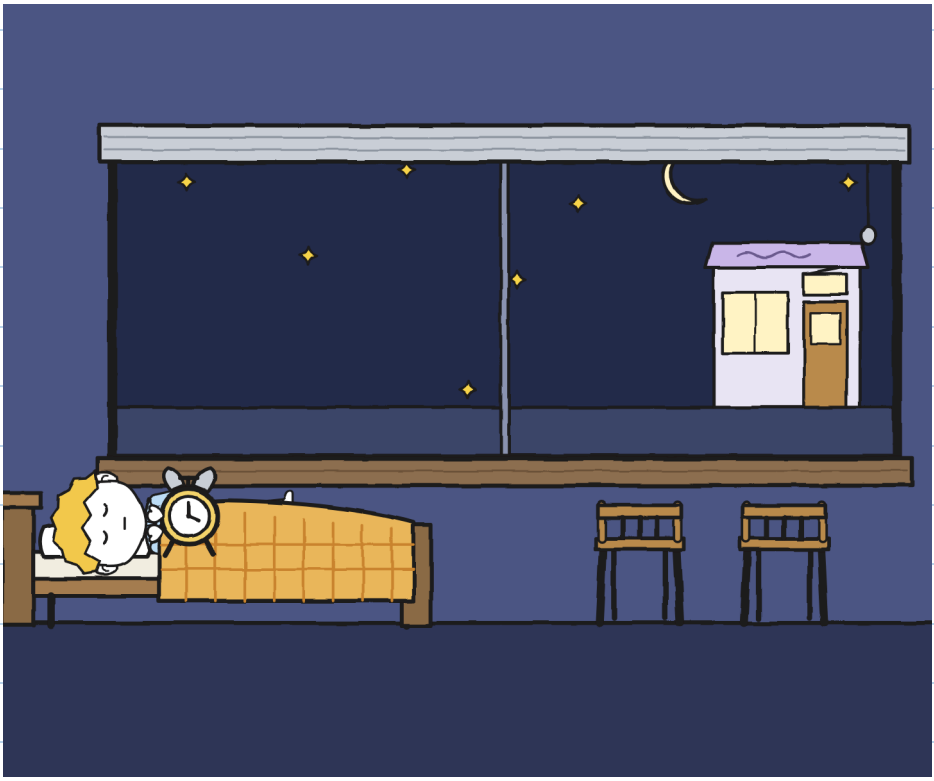
Dijo «Toño». Sin añadir nada. —J.

Esa noche volví a dejar la persiana subida.

—¿Otra vez vigilando? —preguntó mi madre.

—Hoy vigilo que no pase nada.

—Eso se me da muy bien a mí. Duérmete.



Me dormí con el marcador destapado. Tengo la almohada verde. —J.

Amaneció.

No sonó nada.

Ni un tilín, ni una ventana, ni el perro del 4.

Es el silencio más bonito que he oído en mi calle.

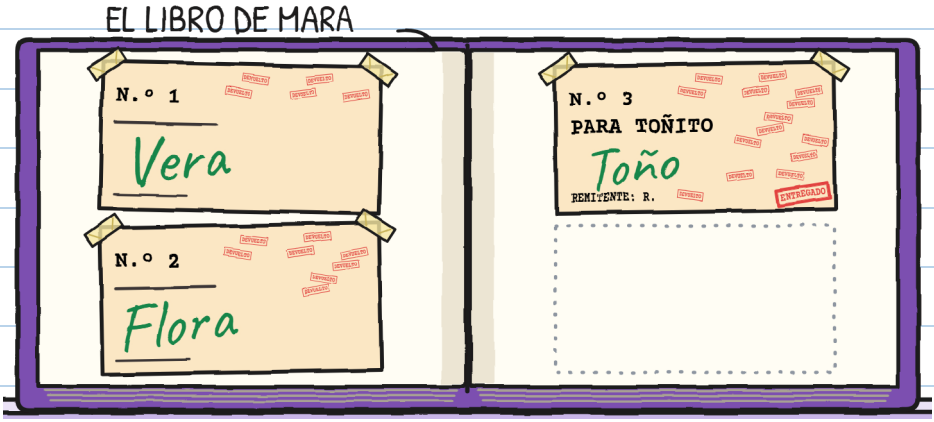


CAPÍTULO 6

De momento

El sábado, a las diez, dibujé la estantería: diecisiete paquetes y tres huecos.

Mara pegó la etiqueta en su libro, con las otras dos.



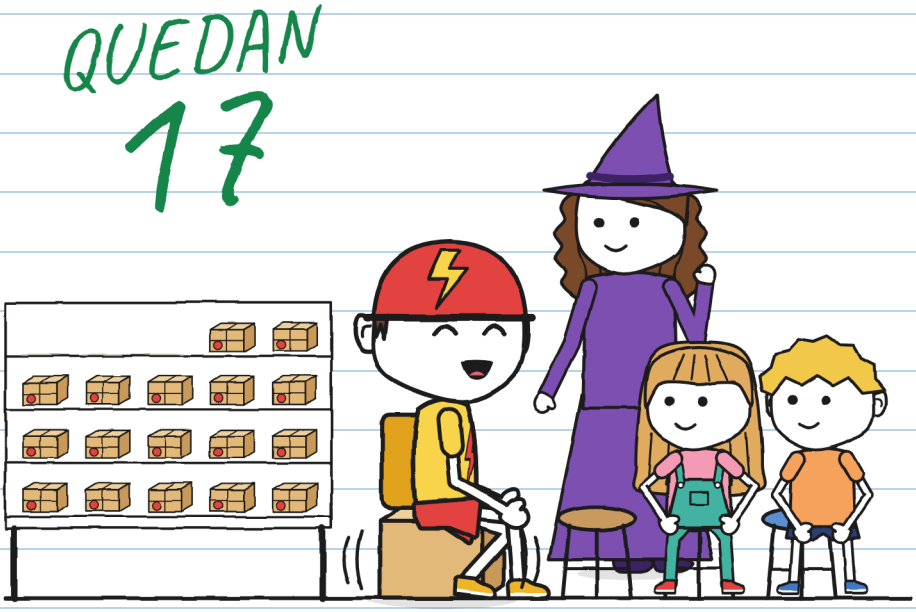
Un huevo, unas semillas y una campanilla. Los tres llegaron tarde. Los tres llegaron.

El tercero lo firmó Toño. Esta vez yo solo le pasé el marcador. —J.

Toño se sentó en su caja y se revolvió. Esta vez no miró la estantería.

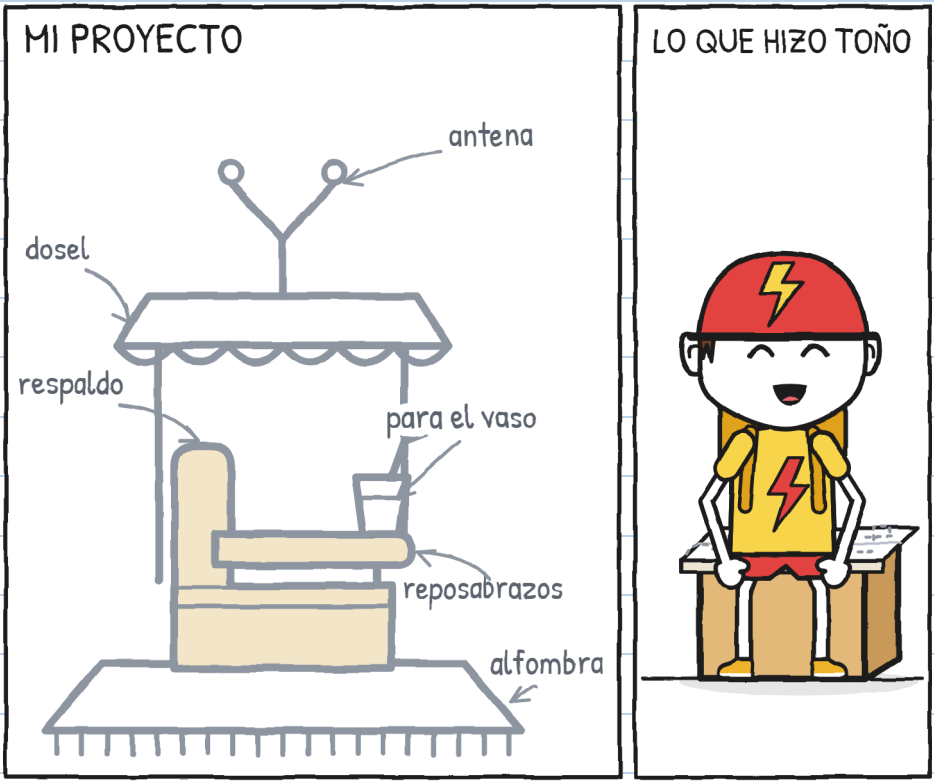
—El asiento sigue siendo «de momento» —dijo Mara.

—De momento me sirve —dijo Toño.



«De momento» puede durar años. Pregúntale al n.º 3. —J.

Le enseñé a Toño mi proyecto para su asiento. Me llevó toda la semana.



—¿Me lo das? —dijo.

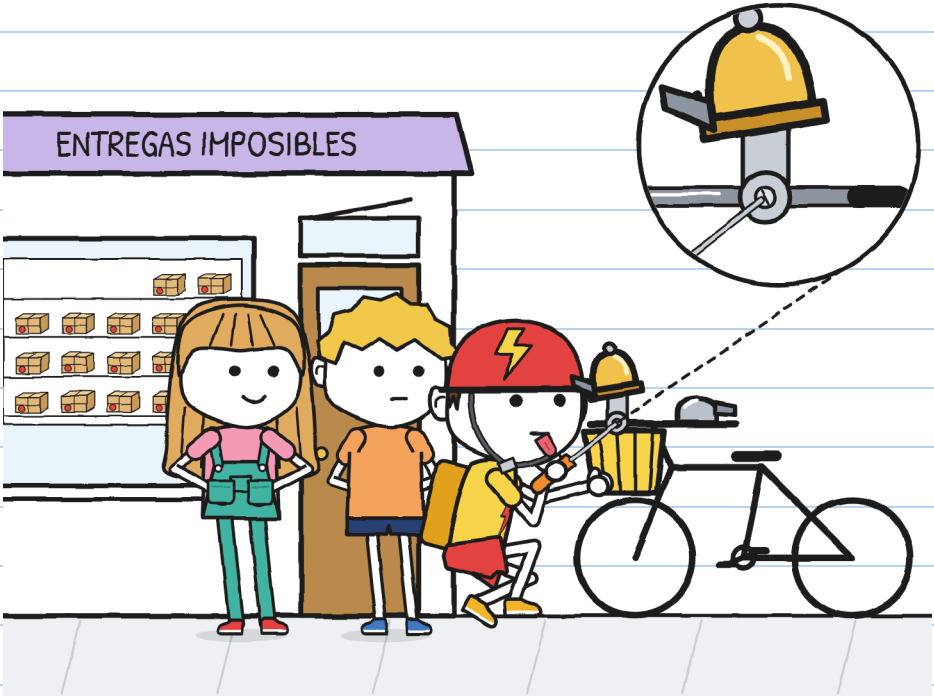
Dobló el dibujo en cuatro. Lo puso sobre la caja y se sentó.

Fuera, la campanilla estaba torcida en el manubrio.

—Te la sujeto mientras aprietas —dije.

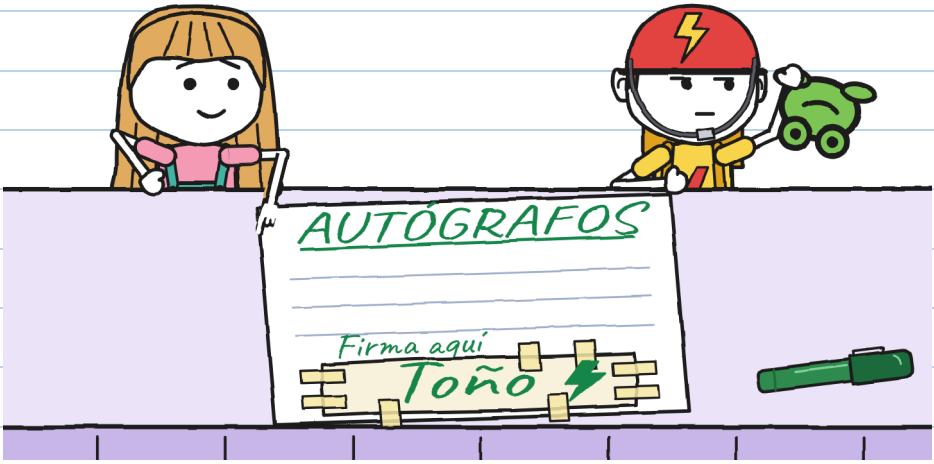
—Puedo yo.

Pudo él. Yo miraba aquel tornillo. Parecía tener cien vueltas.



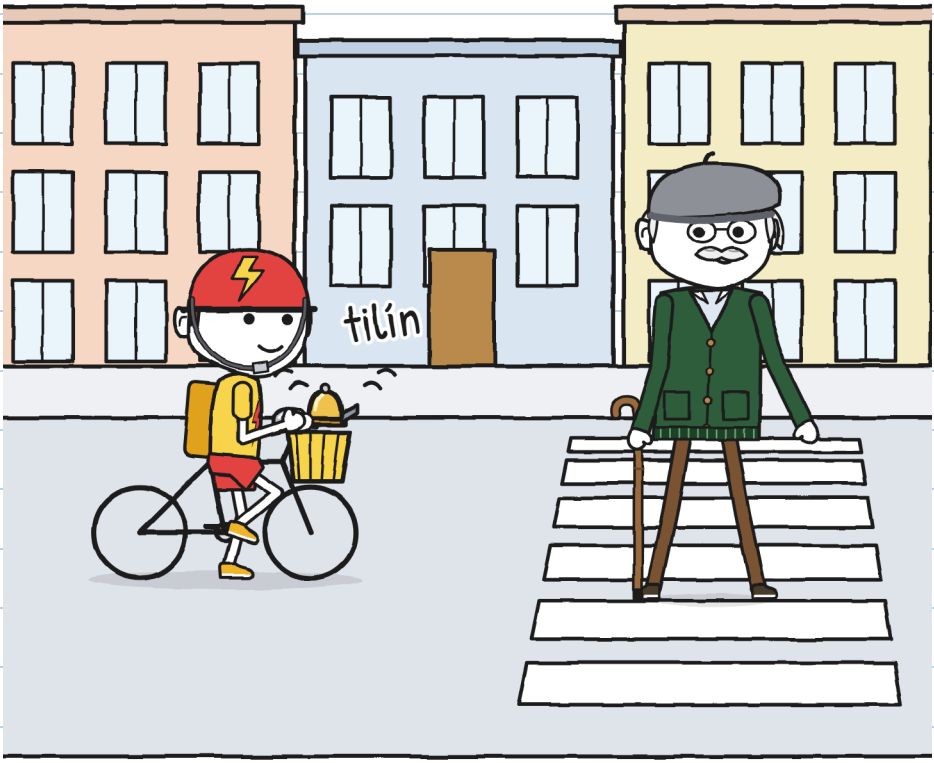
Julita sacó la hoja de los autógrafos. La ventanita estaba tapada con un parche de papel y mucha cinta.

—Es la de la trampa —le dijo a Mara, sin esperar su pregunta—. La arreglé.
Luego puso la hoja delante de Toño.
—¿Me firmas un autógrafo? De verdad. Sin nada debajo.
Toño miró debajo de la hoja. Miró debajo del mostrador. Le dio la vuelta a la rana.
—Está bien.



Me lo merezco. —J.

A mediodía, Toño salió a un reparto. Un señor con boina cruzaba despacio, con su bastón.
Toño frenó. Esperó. Tocó la campanilla una sola vez.
Como diciendo: «Estoy aquí».
Tilín.



El señor levantó el bastón para saludar y siguió a su paso.

—Es don Antonio —dijo Mara—. El Toñito número dos de mi lista.

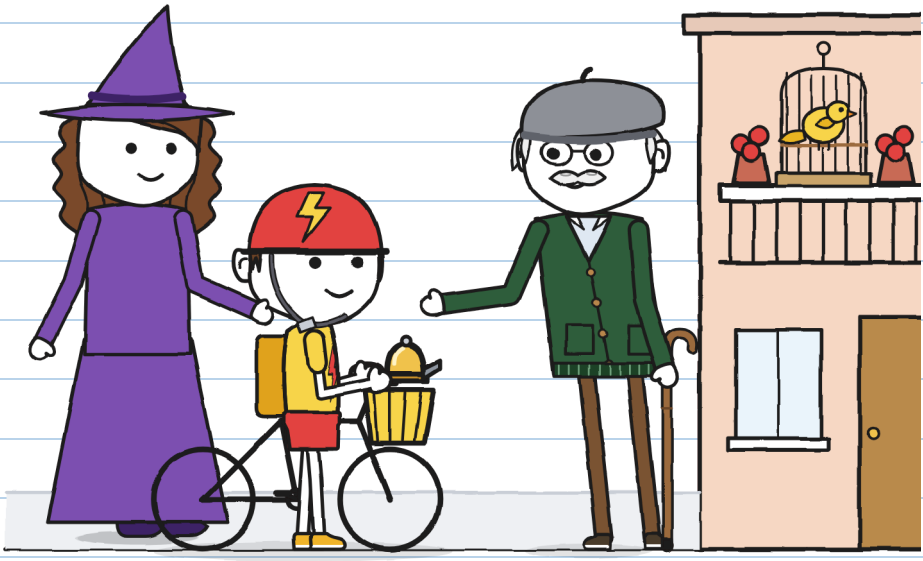
—¿Esa campanilla es nueva? —preguntó el señor, ya en nuestra banqueta.

—Es vieja —dijo Toño—. Era mía. De cuando me llamaban Toñito.

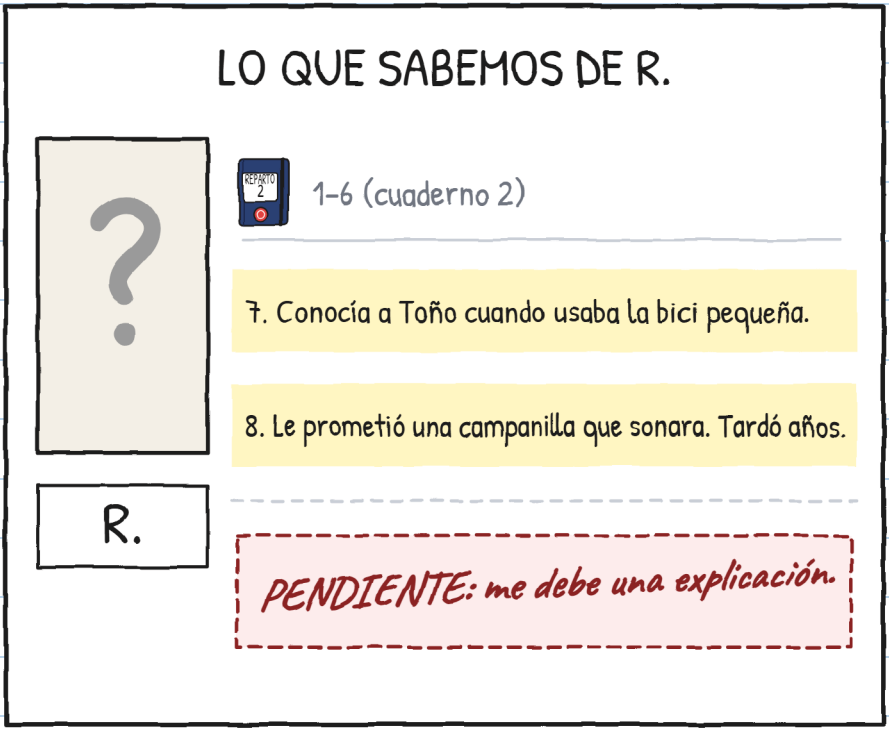
—A mí hace sesenta años que nadie me llama Toñito. Si quieres, cambiamos: tú, don Antonio; yo, Toñito.

Toño lo pensó.

—De momento, no.



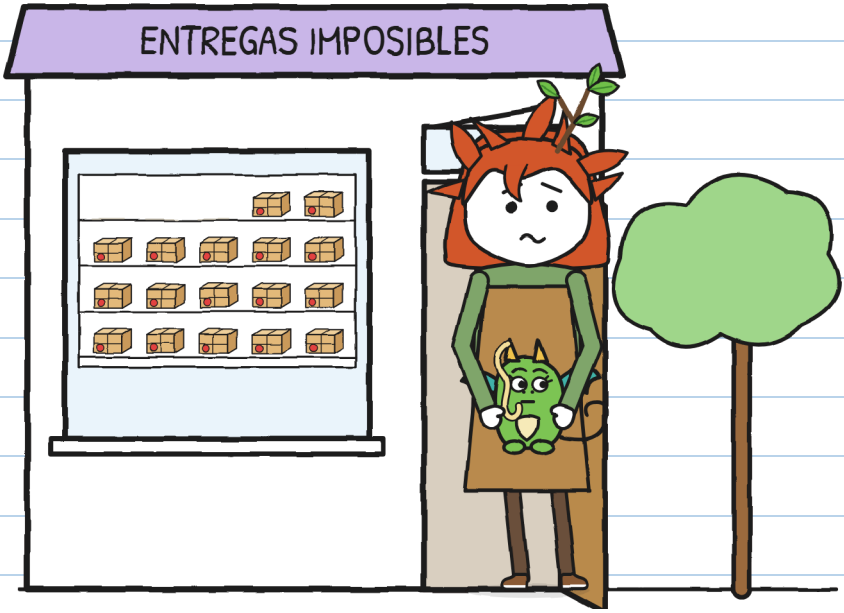
Saqué la ficha de R. Ya había seis pistas en ella. Añadí dos. Toño me pidió la pluma y escribió debajo, con su letra.



—¿Y no le vas a dar las gracias? —preguntó Julita.
—Las gracias y la queja. Las dos. Cuando sepa quién es R.

A la una entró Vera, con Miga en brazos y una ramita en el pelo.

—Vengo a pedir ayuda. Miga ya sabe despegar. Ahora necesita un sitio seguro para aterrizar. —Hizo una pausa—. Ayer eligió mi sopa.



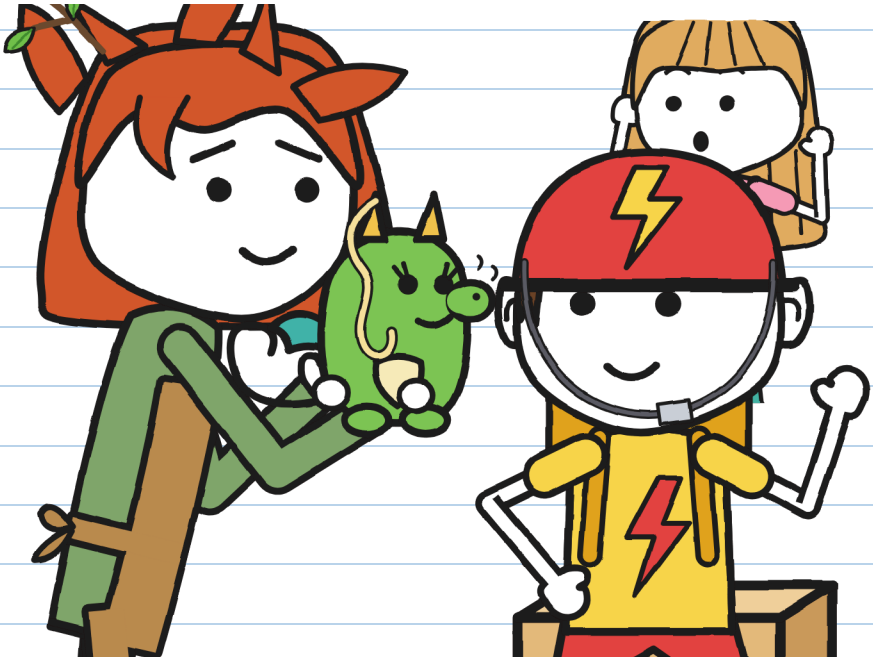
Miga me miró y puso mi cara de «yo no fui».

La tuya, exacta. Con fideo. —J.

—¿Necesitas a alguien rápido? —preguntó Toño desde su caja.

—Necesito a alguien que sepa esperar —dijo Vera.

—También sé. Desde esta semana.



Yo también sé esperar. ¿Ya? —J.

ENTREGA N.º 3. Lo que tardó cada uno:

	RAYO: diez minutos.
	R.: años.
	Toño: seis días.
	Julita, escuchando: once minutos (récord).

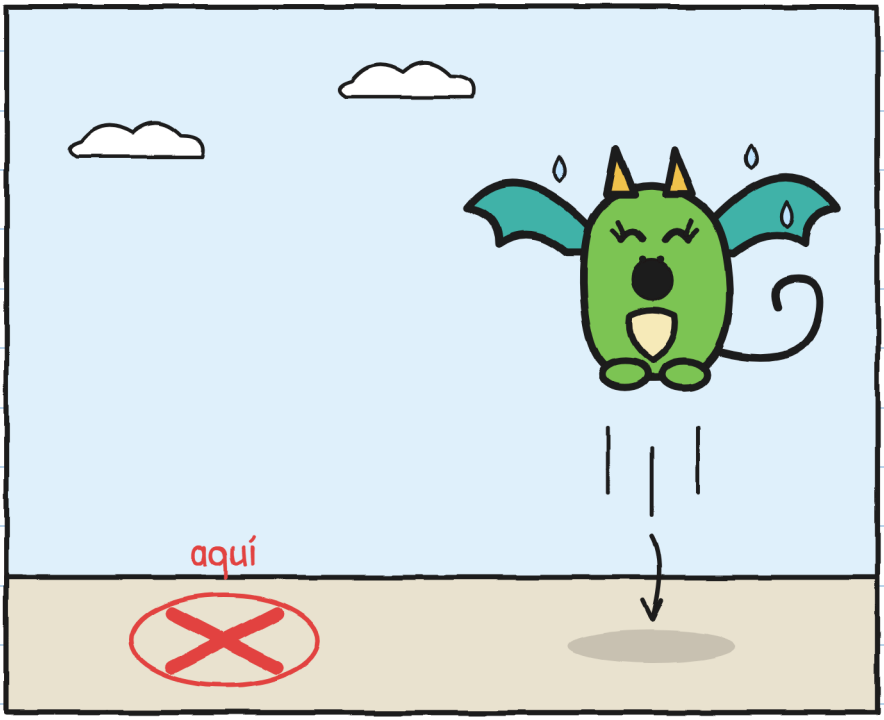


Toño salió a repartir. Sonó en la calle: tilín. Y otro. Esta vez la campanilla la tocaba él.

Yo todavía sueno sola. Estoy en ello. —J.

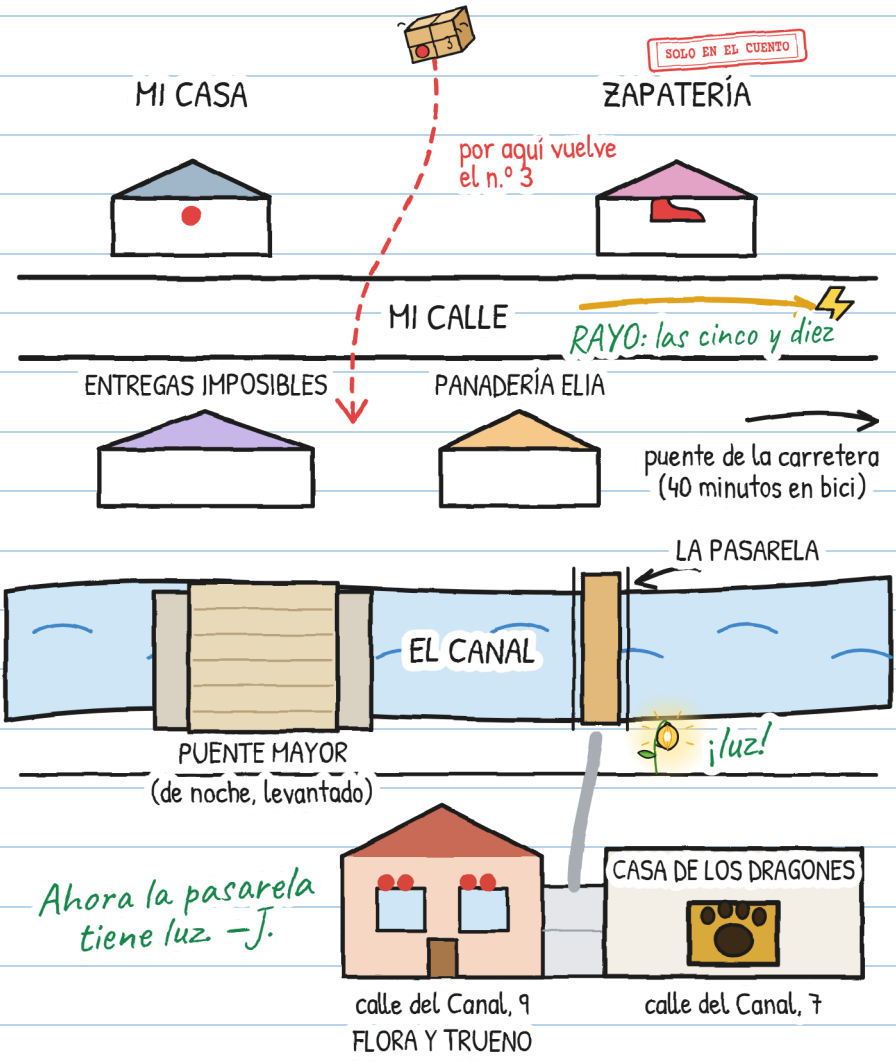
ENTREGAS IMPOSIBLES · 4

(muy pronto)



¿Dónde aterriza una cría de dragón que te copia? —J.

EL BARRIO (versión 3)



Y TÚ, ¿CÓMO TE LLAMAS?

A Toño lo llamaban Toñito. Ahora elige él cómo se llama. ¿Y tú?

Me gusta que me llamen...

También me pueden llamar...

Prefiero que no me llamen...

Yo soy Julita. «J.» solo cuando firmo. —J.

UNA HISTORIA, SEIS TALLAS

Hay seis tallas, de 3 a 16 años, y más de 20 lenguas. XXS, XS, S, M y L tienen las mismas páginas y los mismos dibujos. La XL es una novela. Solo cambia cómo se cuenta.

TALLA XXS · PRE-A1
MARA Y TOÑO SE RÍEN. ¿VES LA BICI ROJA?

TALLA XS · A1
Mara casi se rio. Toño se rio también. No lo veía reír desde el sábado.

TALLA S · A2
Mara hizo un ruido, casi una risa. Toño también se rio. No lo veía reír desde el sábado.

TALLA M · B1
Mara hizo un ruido. Parecía una risa. Toño también se rio. No lo veía reír desde el sábado.

TALLA L · B2
Mara hizo un ruido que en otra persona habría sido una risa. Toño también se rio. No lo había visto reír desde el sábado.

TALLA XL · B2-C1
Novela ilustrada · 13+

Niveles del MCER orientativos, para quien aprende español.

Cada uno en su talla. Mismo tilín. —J.

PARA FAMILIAS Y DOCENTES

Trabaja cada capítulo en linguaula.com

BICI DE VERDAD: QUÉ HACER

1. Casco siempre, y bien abrochado. También para ir «solo aquí al lado».
2. Que te vean y que te oigan: luces, ropa clara y timbre. El timbre avisa; no manda.
3. Las dos manos en el manubrio. Si algo te distrae, para en un sitio seguro.
4. La banqueta es de quien va a pie: allí, bici de la mano. Antes de cruzar, para y mira.

El sello SOLO EN EL CUENTO marca lo que pasa en el cuento y en la calle no.

ANTES DE SALIR, REVISA TU BICI

